

CARLOS PEREYRA, EL FILÓSOFO Y SU SOMBRA

Por Luis Villoro, León Olivé, Ramón Xirau
Mariflor Aguilar y Fernando Danel

El Hombre, la relación humana

Luis Villoro: Conocí a Carlos Pereyra como alumno y durante muchos años lo traté en seminarios, en discursos, o incluso en labores comunes. Tuve una cercana amistad y me siento muy honrado en contarme entre sus amigos.

Uno de los rasgos que quizá más podrían destacarse de Pereyra era una gran autenticidad. Qué quiere decir esto. Por una parte, en la labor intelectual, es muy frecuente que uno se dedique a ella por la vanidad de los torneos intelectuales; por el atractivo del renombre que pudiera uno lograr con la demostración de su propia agudeza intelectual; por el deseo de reconocimiento; pero es poco común encontrar personas que están movidas realmente por una cierta pasión interior hacia algún valor dirigido, algún valor humano que en realidad les preocupa; y la actividad intelectual responde, de algún modo, a la necesidad de dar alguna solución o respuesta a esta "preocupación vital" que uno tiene. Carlos Pereyra era una persona que se regía por esta preocupación vital, y su obra respondía a su actividad intelectual, respondía a esta pasión sin la cual no se puede ser verdaderamente creador en las labores del intelecto. En este sentido Pereyra tenía ciertas preguntas vitales dignas de preocupar la vida de un hombre.

Otro signo claro de la autenticidad se manifiesta, también, en la necesidad de pensar por cuenta propia. Sin embargo, es frecuente en el intelectual el afán de buscar novedades que hayan merecido ser discutidas en un país extranjero; una necesidad de brillar como un hombre que ha conocido y discutido la última novedad filosófica. Esta obsesión por conocer

y responder a la obra que se realiza en otras capitales del mundo desarrollado coarta, muy a menudo, la reflexión propia. Pero un rasgo de pensamiento genuino es, sin duda, aquel que intenta siempre encontrar la verdad en sí mismo, por sí mismo, y utilizar su propia razón para adelantar la contestación de las preguntas; éste era el caso de Carlos Pereyra. Fue para mí un ejemplo claro de intelectual auténtico.

A él le preocupaba mucho la situación del hombre en la historia. Tenía mucha sensibilidad por la dimensión social e histórica del hombre; sus preguntas fundamentales fueron siempre en ese sentido: ¿Cuál es la posición del hombre en la historia? ¿Cuál es la naturaleza? ¿Cómo es que el hombre hace, reproduce su sociedad y por lo tanto su historia? ¿Cuáles son las relaciones entre la sociedad y el Estado? en fin; ésta fue realmente su preocupación fundamental, la situación y las características del hombre en su sociedad, en su historia. Naturalmente que esto tiene implicaciones no sólo de filosofía e historia sino en política.

Él veía a la sociedad como un conjunto de fuerzas sociales y le dio mucho su lugar frente a otras interpretaciones dentro de las escuelas marxistas, le dio mucho su lugar a las ideas y a las creencias dentro de la sociedad. No cayó en el economicismo barato, simplista.

Carlos Pereyra era una persona de una gran modestia y de una falta de pretensión y de vanidad que hacía que realmente su talante fuera, por lo general, tranquilo y reposado. Estas características eran en realidad manifestación de un carácter meditativo y racional, por una parte, pero que escondía una profunda emotividad y pasión. Era un hombre que

desdeñaba mucho las apariencias, las falsedades y, también, era una persona sumamente tolerante. Tolerante no por falta de convicciones propias: todo lo contrario, era un hombre de grandes convicciones y respetaba mucho las ajenas; así su tolerancia se traducía en discutir y poner en cuestión constantemente las convicciones de otros. Era un buen discudidor y a veces reemplazaba la controversia por su fina ironía.

León Olivé: Mi testimonio debe ser mucho más limitado que el de muchas personas que lo conocieron mejor, es posible por supuesto decir mucho más. Para empezar era un hombre con una enorme calidad y calidez humanas. Pero lo que me gustaría destacar es la disposición que siempre tuvo para cooperar con amigos y colegas en proyectos muy diferentes, al ofrecer generosamente lo que él podía aportar. Tenía un gran ingenio y un excelente sentido del humor, una cultura amplia y una gran disposición a cultivarse. Poseía, también, una gran seguridad en sí mismo, lo cual le permitía no hacer concesiones políticas ni académicas. Por su mente flexible y abierta, escuchaba con atención y seriedad lo que otros tenían que decir y, cuando era el caso, era capaz de reconocer equivocaciones y considerar seriamente opciones que se le ofrecieran y sobre las cuales hasta el momento no hubiera podido meditar con seriedad. Su ingenio y sentido del humor volvían muy agradable su compañía, pero nunca se escudaba en esas cualidades para eludir compromisos profesionales. Pereyra se guiaba por valores muy apreciables que nunca traicionó. En privado y en público, sus opiniones y juicios servían de modelos de cordura, sensatez y rectitud.

morístico respecto de cada uno de nosotros. Mi "visceralidad" en ocasiones provocaba su ironía, pero aprendí con el tiempo a reírme sin ofensas y, a veces, a ironizar también sobre su "asepsia", de la que se enorgullecía.

Fernando Danel: Conocí a Carlos Pereyra a fines de 1972 en la Facultad de Filosofía y Letras. En esa época él impartía materias como ontología y filosofía de la historia, pero su perspectiva era desde luego marxista, y él me introdujo a este continente teórico acerca de la historia y de los procesos sociales que es el marxismo. De él recibí la enseñanza de un marxismo no dogmático, teóricamente creativo y riguroso desde el punto de vista de su articulación conceptual; un marxismo inicialmente ligado con el proyecto althusseriano y, posteriormente, mucho más abierto hacia la política y hacia la dimensión nacional. Entre los temas que trataba eran el de la hegemonía y el de la construcción de un nuevo Estado; temáticas que Carlos siempre abordó, y sobre todo, ya en los últimos años, de una manera más sustantiva y consistente. Así fue mi primer contacto con Carlos Pereyra.

Posteriormente, fue muy importante acercarme con él al mundo de la política de México mediante la influencia de Carlos hacia el Partido Mexicano de los Trabajadores, del que éramos simpatizantes. Para éste eran fundamentales sus comentarios, sus críticas, su análisis del acontecer cotidiano, y desde entonces era clara ya su perspectiva social a favor del pueblo trabajador. Tenía una visión social del país a largo plazo y con reformas de trascendencia para el conjunto de la población.

Otra vivencia cercana con Pereyra fue la de la revista cultural del Partido Comunista Mexicano, *El Machete*. Se fundó en 1978 y formé parte del consejo editorial con un grupo de amigos y compañeros de la vida política, particularmente Roger Bartra y Jorge Castañeda. A una de las primeras personas que invitamos a colaborar, regularmente, fue a Carlos Pereyra, lo que tornó el trabajo creativo y de gran compañerismo, y por supuesto, contamos con las perspectivas teóricas, políticas y periodísticas que él tuvo en su vida activa como intelectual.

Cabe señalar que, alrededor de 1977,

un grupo amplio de intelectuales que trabajábamos indirecta y otros directamente en el PMT, criticamos la perspectiva nacionalista y antisocialista que esgrimía, principalmente en ese tiempo, Heberto Castillo. El punto de ruptura en el terreno conceptual y después en el campo práctico, nos llevó a alejarnos del PMT. Al respecto recuerdo una importante conversación con Carlos, en el restaurante Hipocampo de Avenida Universidad, sobre la necesidad de avanzar hacia un partido de corte socialista, incluso socialdemócrata, en la medida en que el socialismo y la democracia se vinculan para el futuro de la experiencia de transformación del país; ahora, y Carlos en eso siempre fue muy claro, la perspectiva pluripartidista es precisamente la que asegura una existencia auténtica de la democracia política; es condición para posibilitar cualquier reforma que trascienda, que tenga un porvenir para asegurar la libertad, la igualdad y el propio funcionamiento de la democracia, como se desea para México.

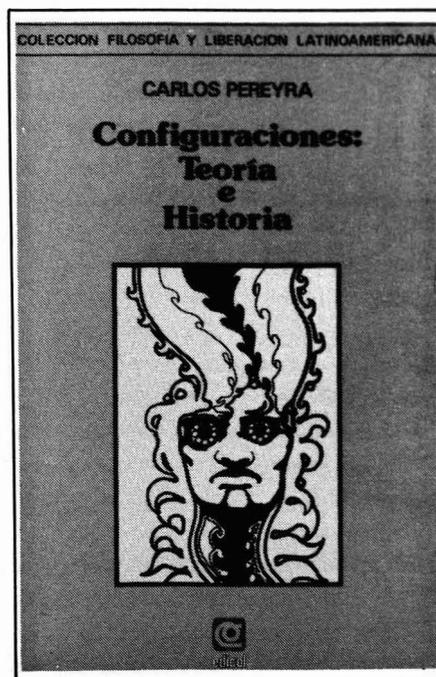
Por otra parte, en los últimos años, colaboramos juntos en seminarios y congresos sobre filosofía política. Carlos coordinó muchos de ellos y desarrolló trabajos sobre teoría de la democracia.

En 1974 varios compañeros de la Facultad de Filosofía y Letras participamos en un seminario que coordinó Luis Villoro sobre la problemática de la ideolo-

gía. Semanalmente, y durante un año, discutimos una serie de perspectivas, de autores, de corrientes sobre esta temática. Posteriormente, pero tiene que ver con esto, Carlos escribió varios trabajos sobre filosofía de la historia en una perspectiva marxista crítica. Con el tiempo, al revisarlos y comentarlos con él, le sugerí que se publicaran como libro para dar a conocer sus investigaciones en la materia. Él contaba sólo con una publicación, en forma de folleto, del FCE, titulada *Política y violencia*. Para entonces yo acababa de ser invitado a formar una colección editorial de política y filosofía, con el nombre de "Filosofía y liberación latinoamericana", en la editorial Edicol. El primer título que sugerí para su publicación fue un conjunto de artículos escritos y revisados por Carlos.

Este libro lleva por título algo que revela mucho la personalidad de Pereyra. Él era un poco reticente a publicar sus artículos, sobre todo bajo la forma de un libro, pero por su característica humildad intelectual y su duda de qué sería lo mejor, no sabía cómo titularlo. Entonces recuerdo que un día lo emplazé frente a Bolívar Echeverría, en los cubículos de profesores de la Facultad. Prácticamente y de manera imperativa Bolívar Echeverría le dijo: "Carlos, si tú no puedes ponerle nombre a tu libro yo se lo voy a poner, por qué no le pones *Configuraciones*, puesto que se trata de perspectivas diversas y no articuladas sistemáticamente sobre cuestiones de política, de teoría de la historia, etcétera" y así quedó entonces el título de *Configuraciones: teoría e historia*.

Carlos Pereyra era un hombre intelectual, reflexivo y concentrado, y con un agradable mal humor. David Huerta lo llamaba "guerrero intelectual", siempre vigilante, atento y crítico. Además de ser un intelectual cabal, tanto ética como teóricamente, era un intelectual comprometido con la gente: sus alumnos, sus compañeros de trabajo y sus amigos. Tenía un estilo muy tajante e imperativo al externar sus opiniones, pero también dubitativo, rasgos que definen un carácter fuertemente concentrado y siempre atento a la objetividad de las cosas. Carlos era un individuo intelectualmente opuesto a la ficción, a los estilos fáciles y al coqueteo de las modas intelectuales.



Luis Villoro: Desde luego su formación básica fue dentro del marxismo, éste le dio siempre los parámetros más generales de su pensamiento; pero para Pereyra, como una de las cosas importantes de su labor, es que en lo fundamental contribuyó —y de manera muy fuerte entre nosotros— a la apertura crítica del pensamiento marxista, y sobre todo a liberar el marxismo de evitar estar dentro de una secta. Creo que Pereyra fue de los que más dialogaron con otras corrientes

telectual, que la teoría, o mejor dicho, las teorías marxistas, deben verse como eso precisamente, como *teorías*. Las teorías ofrecen modelos de la realidad que pueden satisfacer nuestras inquietudes intelectuales, por ejemplo la de explicarnos los fenómenos que observamos mediante sus aplicaciones. Pero las teorías y sus modelos, aun las mejores y las más comprensivas, tienen dominios limitados de aplicación. En buena medida el progreso en el conocimiento consiste en encontrar esos límites de aplicación de teorías específicas. Además las teorías son

sobre todo en el mundo social, las teorías son entidades parecidas a las biológicas: nacen, se desarrollan, llegan a un periodo de fertilidad y fecundidad, se reproducen, se agotan y hasta llegan a morir.

Pereyra entendió claramente esta naturaleza de las teorías y sus consiguientes limitaciones, de lo cual no quedan exentas las teorías y la filosofía marxistas. Pereyra realizó contribuciones importantes para la enseñanza y difusión del marxismo en México, así como en su aplicación al análisis de las coyunturas políticas de nuestro país. Pero no confundió la teoría con un cuerpo doctrinario que se asume como el conjunto de creencias básicas que debería orientar las decisiones y acciones de las personas, de grupos o de instituciones. Suponer que alguna teoría, que alguna filosofía o que alguna doctrina debe convertirse en un *modo de vida*, puede satisfacer a muchas personas y resolverles su vida, pero esto nunca le puede ocurrir a un auténtico filósofo. Pereyra era un auténtico filósofo y por ello nunca dejó de buscar explicaciones profundas acerca de la naturaleza de la sociedad y de la política, acerca de la posibilidad de entenderlas y explicarlas, y admitía propuestas de solución sólo cuando satisfacían rigurosas condiciones intelectuales. Creo que por eso pudo absorber muchos aspectos positivos del marxismo, pero evitó asumirlo como una doctrina totalizadora que pudiera explicar todo lo que ocurría en la realidad y menos que pudiera constituir la base que orientara todas sus decisiones y acciones políticas. En el trabajo y en la vida de Pereyra prevaleció su autenticidad filosófica y científica; llegó el momento en que encontró insatisfactorios los modelos marxistas, tanto como concepción filosófica, como teoría explicativa y menos como conjunto de creencias y saberes orientadores de la práctica. Una de las búsquedas más importantes de los últimos años de su vida fue la de nuevas concepciones teóricas que permitieran explicar la realidad social, y orientar la práctica política de una manera más acertada y efectiva que lo que permitían las ideas marxistas tradicionales dentro del contexto de nuestra década. Este ejemplo de autenticidad intelectual, de comprensión de la naturaleza y de las limitaciones del conocimiento científico y filosófico de lo social, así como el aborrecimiento de los dogma-



Carlos Pereyra con Ruy Mauro Marini

filosóficas, se asomaron a otros pensamientos y obtuvieron de ello mucho fruto.

Ante la situación actual del marxismo, que pasa una crisis interna fuerte, creo que la labor de Pereyra fue muy iluminadora ya que ayudó mucho a esta apertura, a esta diversificación del marxismo, a su desdogmatización, siendo éste un aporte valioso de la obra de Pereyra.

León Olivé: No soy una persona autorizada para comentar esta cuestión, pero me atrevo a afirmar que el mayor beneficio que Pereyra hizo para la formación de teóricos marxistas en México fue enseñar, en la cátedra, en sus escritos y con el ejemplo de su propio desarrollo in-

strumentos de análisis cuya pertinencia y fecundidad deben examinarse cuidadosamente según la ocasión, pues a veces no son pertinentes y no ayudan para entender situaciones determinadas. Esto puede ocurrir porque la realidad se haya transformado de tal manera que enfrentemos fenómenos que la teoría no tomaba en cuenta y que tenía el instrumental conceptual adecuado para explicarlos o bien porque hayamos accedido a niveles de la realidad antes no considerados, en donde también se nos presentan fenómenos novedosos. Cuando esto ocurre, hay que buscar otras opciones, o construir las nosotros mismos. Por su propia dinámica, así como por la cambiante realidad,

tismos, constituye una de las mejores enseñanzas que dejó Pereyra.

Ramón Xirau: Pereyra fue marxista. Nadie lo duda. Un libro, *El sujeto de la historia*, va camino a convertirse en un clásico. Como marxista fue Carlos un pensador (una persona) abierto. Conocía otras corrientes filosóficas. No solamente las conocía sino que le *importaban*, eran parte de su bagaje cultural.

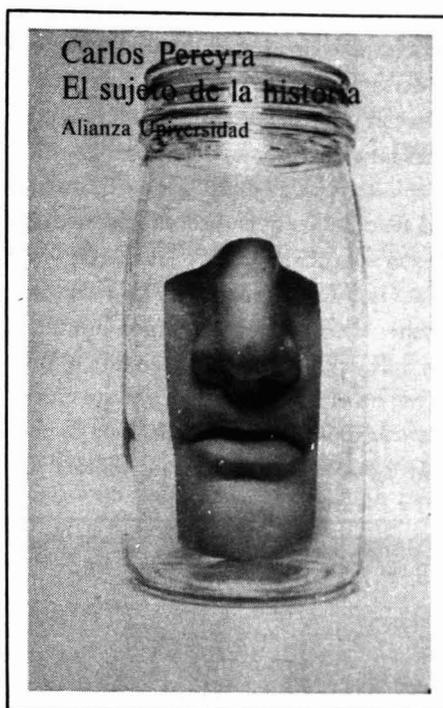
Al platicar con Carlos, me daba cuenta, en todo momento, de su capacidad de apertura y de su libertad de pensamiento. Aquí, una de sus contribuciones al marxismo. Dicho en otras palabras, a Carlos le importaban la historia, la teoría, la *praxis*; le importaba, sobre todo, la *persona*, la totalidad de la persona humana.

No es este el lugar de discutir sus ideas acerca de la historia. Tal vez baste con decir que para él la historia es cosa viva, cosa que hacemos que no depende de ningún sujeto abstracto (sera éste de orden idealista, sera de orden materialista). Creo que ésta fue su gran lección, la que tanto o más que en su obra escrita mostraba en la vida de todos los días cuando hablaba con sus alumnos, sus discípulos, sus amigos.

Mariflor Aguilar: Creo que su labor principal con los marxistas, al menos con los de la Facultad de Filosofía y Letras, fue la de promover el alejamiento y la ruptura, si fuera necesaria, con la ortodoxia. Ambos estimulados por dos actitudes: por un espíritu amplio y abierto a escuchar otras propuestas teóricas y otros problemas para plantear y resolver, por un lado, y la búsqueda tenaz de insuficiencias teóricas aun en el seno de las teorías que él sustentaba, por otro.

La herencia intelectual

Luis Villoro: Yo soy enemigo de juzgar una obra filosófica, sobre todo cuando es una obra sólida y compleja. Carlos Pereyra, pese a su corta edad, publicó bastante; creo entonces que no conviene hacer juicios precipitados así sea con afán laudatorio hacia un amigo; juicios precipitados sobre el valor de una obra filosófica. Es menester estudiarla con detenimiento para esclarecer sus alcances, su originalidad y sus limitaciones; requiere



acercarse a ella con cuidado y ser puesta a prueba de la crítica. Es pronto para aquilatar su verdadero valor.

Sin embargo, lo que sí puedo decir por lo que conozco, es que tenía este aire de no contentarse con ideas convencionales, con tesis asentadas en general, sino que tenía el carácter filosófico de ponerlas en cuestión, de someterlas siempre a crítica; en este sentido su reflexión tiene aires frescos dentro del marxismo. Pereyra no tuvo ningún reparo en confrontar las ideas marxistas con ideas de otras corrientes, sobre todo de filosofía analítica. Por el contrario, en muchas reflexiones de esa corriente encontró estímulos poderosos que ayudaban a pensar con claridad y a formular con mayor precisión los problemas. En fin, lo rescatable es que su reflexión tiene este aire fresco de la crítica.

León Olivé: Pereyra realizó, de manera constante, aportes en sus análisis de coyuntura. Pero además de la luz que en su momento hayan arrojado sobre la coyuntura del caso, uno de los aspectos más instructivos de su obra es el de la aplicación de concepciones teóricas de largo alcance precisamente a situaciones coyunturales.

En sus trabajos de mayor importancia filosófica, Pereyra abordó problemas de gran interés. Creo que ayudó a sus colegas y estudiantes a ubicar y definir con claridad y acierto los problemas que le

preocuparon en filosofía de la historia y filosofía política, problemas tales como la naturaleza de la historia y de la teoría de la historia, de la explicación histórica, del sujeto de la historia, de la naturaleza de la política, de la naturaleza y del alcance de la teoría política, de la relación entre teoría y filosofía política, el problema del socialismo y el de la democracia, y en los últimos tiempos el de la relación y limitación de la ética y la política. Una evaluación más seria del alcance y proyección de su obra filosófica requiere un análisis mucho más cuidadoso del que se puede hacer ahora. Pero definitivamente podemos hablar de una importante aportación en virtud de la evolución y el desarrollo constante de su obra, debido a su interés en comprender mejor los problemas, en aprender de nuevas concepciones, en entender perspectivas que no había explorado y en estar abierto a la crítica y a todo lo que pudiera enriquecer su visión de los problemas. En el desarrollo de su obra se aprecia una clara línea de progreso en la comprensión de los problemas y en la complejidad, rigor y claridad conceptual con la que se les analiza. Su obra también es un ejemplo de búsqueda de una comprensión personal genuina y profunda de los problemas y de sus vías de solución, la cual deja de lado las modas, sin que esto signifique abandonar la documentación más amplia posible mediante un retorno a lecturas clásicas o una apertura hacia ideas y concepciones novedosas que se planteen en otros países. En ese sentido la obra de Pereyra es ejemplo también de la manera en la que debe realizarse el trabajo filosófico que derive de una auténtica vocación filosófica.

Sus mejores aportes se concentran en todas las virtudes de Carlos Pereyra que he mencionado, y que son muchas: un interés genuino en comprender el mundo, es decir, un interés auténtico en comprender y saber, y luego aplicar ese saber para permitir una vida mejor en nuestra sociedad. Una vocación por la investigación y el conocimiento libre de dogmatismos, vocación que debe realizarse y desarrollarse sobre la base de valores y normas éticas y metodológicas cuidadosamente elegidos, que hayan sido sometidos a crítica, y que se acepten porque se tiene la convicción de que nos permiten acercar-

nos a un saber genuino, importante y relevante para nuestra sociedad. Un pensamiento claro y una preocupación por razonar correctamente. Estar abierto al diálogo, saber criticar y aceptar la crítica, escuchar y tratar de entender posiciones distintas a las preferidas, discutir las racionalmente y en su caso criticarlas con justicia y aceptar de ellas lo que nos convenza. Tener convicciones firmes, pero respaldadas por una reflexión cuidadosa. Pensar y actuar con honestidad y rectitud. Ser generoso y dar todo lo que uno pueda, en la cátedra, en la investigación, en la difusión y en las diferentes esferas de nuestra vida práctica. Finalmente, tener muy buen sentido del humor, no tomarse las cosas demasiado en serio, por lo menos no más de la cuenta, pero tener el sano juicio para saber hasta dónde llega la cuenta.

Mariflor Aguilar: Además de los comentarios que ya he expresado, puedo decir que deben destacarse sus aportes a la filosofía de la historia, en especial al tema del sujeto de la historia, que analizó incansablemente para encontrar una respuesta satisfactoria, comprensiva y no reduccionista, y que se adecuara a la explicación de los procesos sociales tal como su experiencia y el estudio se los mostraron. Asimismo, son relevantes sus aportes a la teoría del Estado, a la relación Estado-sociedad civil y, más recientemente, a la teoría de la democracia.

Me parece que podemos recordarlo como un ejemplo por muchas razones: por su responsabilidad absoluta como docente; por su disciplina en el trabajo de investigación; por su apertura ideológica; por su capacidad de problematización filosófica y su voluntad crítica; todo lo anterior aunado a su posición de intelectual vinculado a los movimientos sociales, a un espíritu antisolemne y a un humor siempre refrescante.

Fernando Danel: Desde el punto de vista de su elaboración filosófica, creo que la obra de Pereyra es una serie de intervenciones sobre temáticas diversas en los campos de la filosofía de la historia, de la ontología y, en particular, en los últimos años, de la filosofía política. Por ejemplo, dentro de la problemática de la ontología Carlos realizó, en la tesis de licenciatura, un ejercicio intelectual de



Carlos Monsiváis, Enrique Florescano, Carlos Pereyra



Alejandro y Olbeth Rossi, Carlos Pereyra, Carlos Monsiváis

convergencia entre Heidegger y el marxismo al tratar de argumentar cómo el trabajo, dentro de la tradición marxista, puede ser interpretado como una de las dimensiones constitutivas del hombre, así como lo son "el ser en el mundo" o "el ser para la muerte", para mencionar dos términos o conceptos definitorios de la obra *Ser y Tiempo* de Heidegger.

Asimismo, trabajó a Hegel y a autores de la fase clásica de la filosofía como Kant; cuestiones de filosofía de la historia, sobre todo, en una perspectiva marxista abierta, no dogmática y crítica; a éste respecto la revolución teórica de Marx según Althusser, genera en él una nueva perspectiva acerca de la historia de los procesos sociales y le permite redefi-

nir no sólo una serie de temas como las relaciones entre ser y conciencia, entre infraestructura y superestructura, entre sociedad civil y Estado, entre ideología y ciencia, sino que redefine también el papel de la filosofía misma, que para Carlos no era ya una concepción general del mundo, o un saber de saberes, o una ciencia de las ciencias, sino una intervención teórica en una coyuntura ideológica dada con efectos políticos.

Era frecuente encontrar esta reflexión filosófica seria en sus artículos periodísticos para aclarar algún punto de la coyuntura mexicana del momento. Muchos de los escritos del libro *Configuraciones*. . ., pertenecen a esta época de diálogo y de liberación crítica con la obra de Althus-

ser, que restituye al marxismo su dignidad teórica y su especificidad como un elemento crítico sobre nuestro tiempo.

Posteriormente Carlos, conservando siempre la perspectiva de interés por la filosofía política, trabajó sobre los aparatos ideológicos de Estado, sobre objetividad y subjetividad en el proceso histórico, sobre el Estado y la sociedad civil, etcétera, reflexiones que están en su segundo libro *El sujeto de la historia*, y que son desarrollos conceptuales mucho más sustantivos y consistentes. Aquí el reformismo radical que Carlos esgrimía como condición ética, teórica y política de su pensamiento, está muy fundado en diálogos, encuentros y discusiones sobre la perspectiva gramsciana, o incluso de formulaciones teóricas neomarxistas que bien conoció y discutió con sus productores.

Carlos fue siempre un individuo muy actualizado y con una gran capacidad de debate y de cuestionamiento. Incursionó también en el campo de la filosofía de la ciencia, conocía muy bien el debate de las filosofías de la ciencia: estructuralistas, empiristas de corte analítico y de corte constructivista, entre otras. Y, en los últimos tiempos, se dedicó mucho a la filosofía política de la democracia. Está por publicarse un artículo sobre este tema en un libro colectivo que se llama *El reclamo democrático*, en la editorial Siglo XXI.

Intelectual y político

Luis Villoro: De un intelectual y sobre todo de un filósofo es arduo conciliar dos términos que son muy difíciles de ser conciliables. Por una parte la filosofía requiere, sin duda alguna, un cierto apartamiento de la acción directa. No pienso en modo alguno que la filosofía sea compatible con arrojarse en la acción constantemente; todo lo contrario, se necesita una cierta distancia, soledad y tiempo para trabajar y, sobre todo, se requiere desprendimiento de la vida cotidiana para la reflexión filosófica cuando ésta es auténtica.

Por otra parte, en la medida en que el filósofo sienta la necesidad de contribuir a la racionalización de este mundo, a volverlo de algún modo más habitable por el hombre, más digno, y de contribuir al esclarecimiento de los problemas

de la sociedad, el filósofo necesita actuar en el mundo entorno, lo que es una contradicción permanente y difícil de solventar. Generalmente, la posición del filósofo va en detrimento de alguna de estas dos necesidades: la del apartamiento intelectual y la del compromiso.

El caso de Pereyra es muy curioso porque él encontró su fórmula, que no es la de todos, pero logró esta conciliación. Fue a la vez un periodista político y un activista político porque participó en la vida política de su país; su labor de esclarecimiento y de comentario racional de la política cotidiana, refleja un agudo análisis del acontecimiento cotidiano. Entonces, por una parte, tuvo esta gran capacidad de compromiso, y por la otra, ésta no fue en detrimento de su reflexión filosófica profunda que estaba desprendida de la coyuntura cotidiana. Esta fórmula es muy valiosa pero es difícil de encontrar. Es curioso, pero por lo general el filósofo o el intelectual serio y riguroso que se dedica a las minucias coyunturales del comentario cotidiano, pierde esta capacidad de reflexión honda que sólo puede hacerse en cierta lejanía y desprendimiento, o al revés, quien se dedica a esta reflexión, puede suceder que tienda a desprenderse demasiado de la coyuntura cotidiana y por lo tanto renunciar a esta obra de racionalizar el mundo entorno. El caso de Pereyra, insisto, fue de equilibrio, la síntesis que logró fue un enriquecimiento de una de las tareas hacia la otra.

Considero, sin duda alguna, que muchos de sus comentarios periodísticos so-

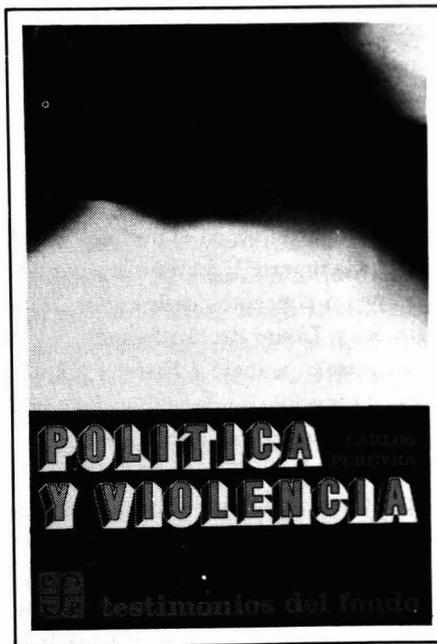
bre la situación cotidiana los encontraban áridos, abstrusos, aburridos y difíciles de leer, y quizá es cierto para un lector común y no demasiado interesado en el tema. No tenía una pluma fácil, era un poco dura; es decir, que seguía los meandros del pensamiento pero que rehuía a la gala literaria.

Pese a estas características, en sus comentarios se leía el reflejo de una labor de pensamiento filosófico general de las ideas y de los conceptos filosóficos rigurosos. Sus comentarios tienen un extraordinario rigor desusado y una gran precisión ya que están alimentados por un pensamiento filosófico. Su reflexión filosófica tiene mucha carne, quizá más carne de la que tendría si no hubiera un compromiso político y social; ésto es interesante en la labor de Pereyra, y repetido, no es común.

Pereyra es un ejemplo de dedicación, de veracidad, de autenticidad, como lo he mencionado. No se doblegó a ninguna corriente, aunque fueran las corrientes con las cuales él tuviera mayor coincidencia; no fue un hombre dócil ante la sumisión, ante el pensamiento; fue un hombre con una gran independencia y dedicación total.

De su honestidad intelectual, de la autenticidad de su compromiso vital, quienes estuvimos cerca de él aprendimos mucho. Su diálogo sereno, su presencia tranquila, la entrega de su compromiso vital, su pensamiento inquisitivo enriquecieron para siempre nuestras vidas. Por eso Carlos Pereyra vive en cada uno de nosotros.

León Olivé: Carlos Pereyra se caracterizaba por tener ideas claras y por razonar limpia y correctamente. La claridad de sus ideas se debía a una aguda inteligencia y a una habilidad para comprender los significados más relevantes de las situaciones que analizaba. Hago hincapié en significados, porque precisamente las situaciones sociales fueron las que más le preocuparon, y en ellas los seres humanos interactúan y crean complejos de significados sumamente complicados. Su capacidad para razonar correctamente hacía que una vez que había encontrado la clave para comprender una situación, apreciara las posibles líneas en las que podía desarrollarse y las consecuencias de cada una de ellas.



Pereyra tenía dos vocaciones muy claras: una por la reflexión teórica y otra por la política. Su amplia capacidad intelectual le permitió satisfacer adecuadamente ambas vocaciones y hacer aportaciones importantes en los dos campos. Creo que esas dos habilidades intelectuales, la capacidad de formular ideas claras y la de razonar correctamente —las cuales cultivó cuidadosamente y se deleitó en ejercitar en su profesión como filósofo— junto con aquellas dos vocaciones, dan la clave para comprender que llegara a desempeñar un papel importante como analista y como militante político.

Pero a todo esto debemos agregar otras dos características admirables: una gran honestidad y una congruencia entre sus creencias y sus acciones. Estos dos valores lo guiaron toda la vida. Militó políticamente y siempre lo hizo con honestidad. La manera en que comprendía la vida social y política lo llevó a pensar que no bastaba con reflexionar sobre la política, sino que se debía participar en ella. Por ello participó activamente en muchos de los movimientos sociales y en la vida política de México. Sus acciones siempre estuvieron guiadas por sus reflexiones teóricas, y puso su talento para el análisis y la reflexión teórica al servicio de las causas que defendió.

Mariflor Aguilar: En filosofía de la historia y en filosofía política, Pereyra siempre buscó principios que hicieran viable la compatibilidad de las diferencias; la articulación, por ejemplo, de las prácticas sociales diferenciadas en un todo complejo estructurado, o bien la posibilidad de concertación de intereses sociales en torno de un proyecto democrático. Creo que esta preocupación teórica fue también una guía práctica de su acción política y universitaria, lo que se reflejó tanto en sus propuestas en relación a la construcción de un sistema de partidos como en el papel conciliador que desempeñó en los medios académicos.

Fernando Danel: No soy la persona indicada para hablar sobre esto de una manera completa; hay compañeros de Carlos, como Rolando Cordera, Adolfo Sánchez Rebolledo y José Woldenberg que estuvieron muy cerca de él, de sus experiencias y de su trabajo político. Sin

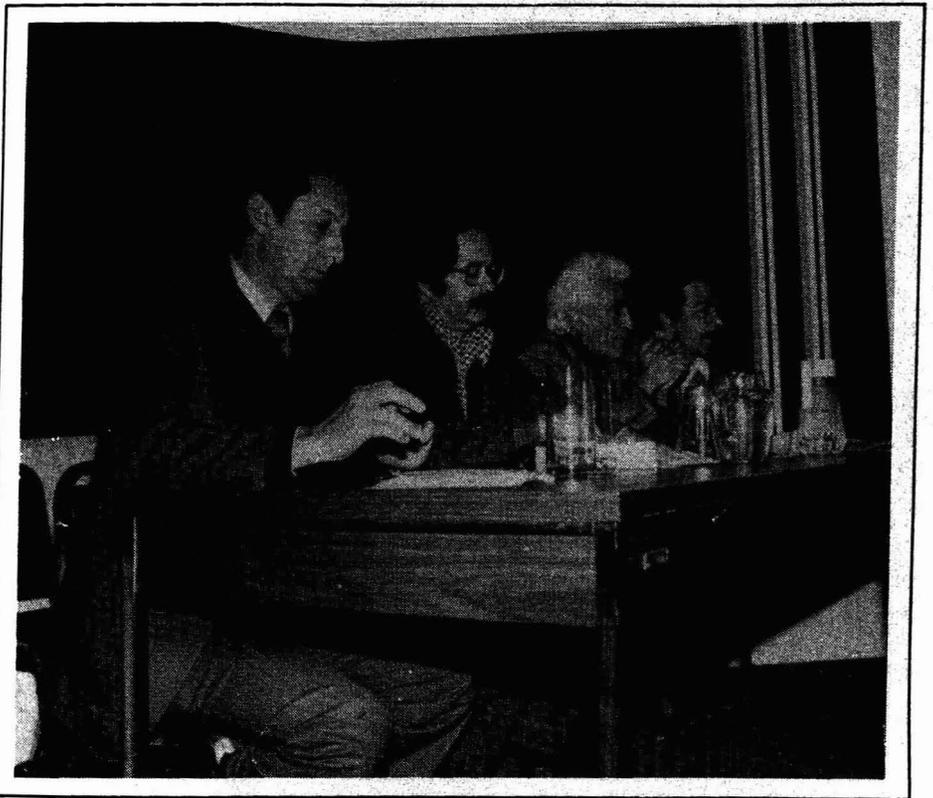
embargo, en mi caso, tuve experiencias de partidos con Pereyra y me gustaría comentar algunas cuestiones.

Dicho de manera muy general, y para establecer ciertos parámetros, la izquierda mexicana de los años setenta tenía, de manera muy concentrada, un *corpus* teórico básicamente de tipo leninista. Sus vocablos y argumentaciones usuales eran: lucha de clases, dictadura del proletariado, Estado burgués, revolución socialista, dimensión político-militar de la política, etcétera, los cuales estaban muy arraigados en los destacamentos más ac-

la apertura democratizadora con partidos. La fusión, antes mencionada, es hoy uno de los elementos principales a reformar para la existencia auténtica de un pluripartidismo, que dé cauces a los reclamos democratizadores.

Este cuestionamiento de Pereyra fue muy revelador desde la época de la reforma política que implementó Jesús Reyes Heróles, y en cuyas reuniones Carlos tuvo importantes intervenciones.

Carlos Pereyra, como militante político y como intelectual ligado a partidos y movimientos sociales que han trabaja-



Eduardo Lizalde, Máximo Simpson, Antonio Pérez, Carlos Pereyra

tivos, y sin duda minoritarios de la sociedad, con una postura de vanguardia en el proceso político de transformación.

Bajo esta perspectiva hay que mencionar el papel que tuvo Pereyra ante la contextualización en y para los problemas de México. Con una reflexión siempre crítica ante estos dogmatismos, intervino con una visión fundada en realizar reformas para la transición hacia la democracia en el país. Fue el primero que con agudeza conceptual cuestionó la fusión Estado, gobierno y partido. Consideraba que el Estado mexicano tendencialmente se separaba de los valores sociales, nacionales y populares, por un lado; y por el otro, su autoritarismo y populismo imperativo no permitían fácilmente

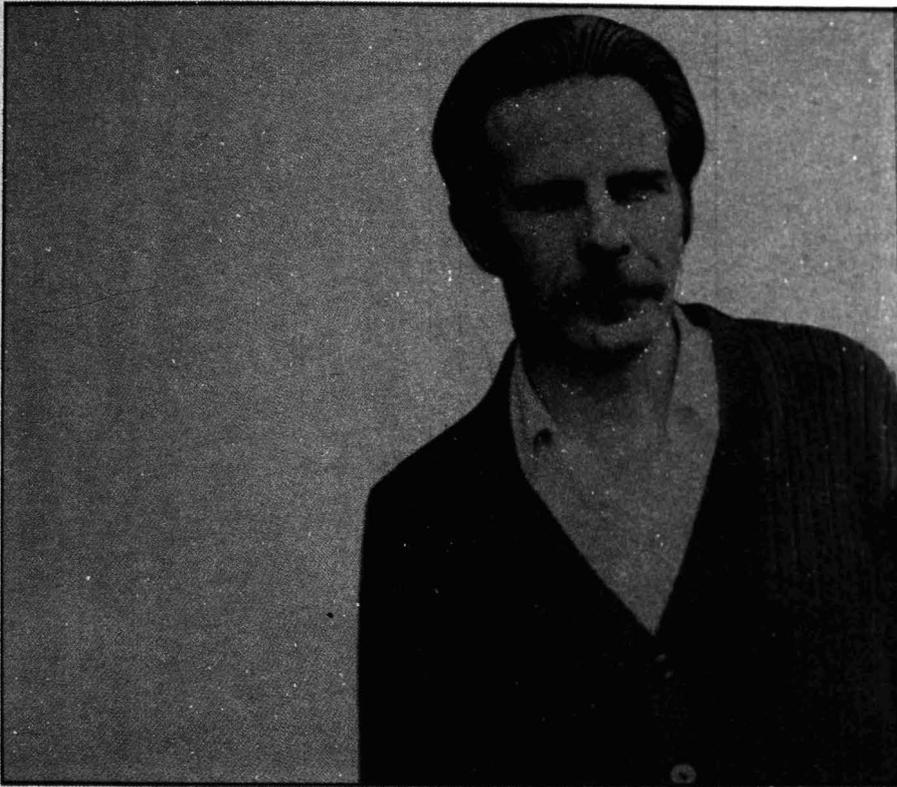
do por un cambio democrático y socialista para México, fungió también como un intelectual orgánico relacionado a experiencias populares de la ideología religioso-católica progresista. Esto vale mucho señalarlo porque habla de otro aspecto más de la actividad que tuvo Pereyra en diversos campos. El sector progresista o de izquierda de la Iglesia (en el que están obispos como Sergio Méndez Arceo, de Morelos, Samuel Ruiz, de Chiapas, y Arturo Lona, de la zona del Istmo y de Oaxaca, conocidos como participantes del movimiento de la Iglesia que nace del pueblo) tuvo que ver con la coyuntura ideológica de la Teología de la Liberación. Con este sector Carlos participó activamente en reuniones con grupos cris-

tianos organizados, tanto de la Iglesia oficial como de grupos y comunidades de base. Para ellos sus comentarios y sus análisis críticos fueron importantes para poder desarrollar su práctica, sus iniciativas de organización, realizar cuestionamientos sobre las instituciones que pretendían cambiar y, sobre todo, para tener una visión política y social del país lo más realista posible.

Pereyra siempre fue un reformista, fundado en argumentos teóricos provenientes de Althusser, Poulantzas, Gramsci, de las discusiones neomarxistas, y en

quierda cuyos rasgos definitorios sean un cabal compromiso, no instrumentalizador, sino definitivo por la democracia y, también, dirigida hacia un horizonte socialista que devuelva a los trabajadores y a la sociedad civil en general el autogobierno de la vida pública; que incrementa la participación social en la toma de decisiones, que es la fórmula moderna de la democracia.

Esta perspectiva a favor de una izquierda democrática, socialista y comprometida, tanto ética, teórica, como políticamente, fue fundamental para Pereyra.



Carlos Pereyra

los últimos tiempos, en perspectivas no marxistas, como ejemplos están el individualismo metodológico, la teoría de la acción comunicativa de Habermas y los temas sobre legitimación que contiene esta importante obra contemporánea, así como de perspectivas provenientes de las teorías de la gobernabilidad, y sobre todo, los desarrollos más recientes sobre la democracia, la democracia social, la democracia protegida, la democracia participativa, la democracia liberal, entre otras.

Los trabajos, ensayos e intervenciones que Carlos realizó fueron una semilla que dio fruto para lo que hoy es, y se espera que sea de una manera más consistente, la nueva izquierda mexicana. Una iz-

Cabe añadir que, en los últimos años, fue muy crítico del socialismo realmente existente. Fue uno de los primeros marxistas en México que de una manera abierta cuestionó el socialismo vigente en los países del Este; los consideraba como formaciones sociales poscapitalistas, pero estructuradas por regímenes políticos autoritarios y centralistas; simultáneamente a esto cuestionaba el marxismo dogmático.

Desde luego que el socialismo que él pensaba para México estaba fuertemente comprometido con la democracia y con valores que hoy, sin rubor, podemos llamar de la cultura burguesa liberal, y que son rescatables para un país que no los ha conocido en términos homogéneos y universales.

Por último, y a manera de anécdota, una de las últimas conversaciones que tuve con Carlos fue precisamente sobre las negociaciones para el desarme entre Gorbachov y Reagan, en Moscú. Al respecto él tenía una gran esperanza en el papel que las sociedades socialistas habrían de desempeñar en un sentido democratizador para darle no sólo un rostro humano al socialismo, sino también una auténtica base democrática, como en algunas épocas se ha conocido en las sociedades occidentales.

El Maestro

Mariflor Aguilar: En el Simposio en homenaje a Carlos Pereyra que organizó la Facultad de Filosofía y Letras los primeros días del mes de agosto, una alumna suya desarrolló ampliamente este punto. Sus principales comentarios destacaban no sólo su rigor teórico y el compromiso con sus alumnos —compromiso que, entre otras cosas, se reflejaba en su asistencia y puntualidad a clases casi obsesiva— sino también la capacidad que tuvo para despertar en los alumnos el gusto por el análisis, la investigación y la problematización filosófica.

León Olivé: También realizó su labor docente al conjugar una genuina vocación y una gran habilidad. Tenía un empeño por enseñar, por explicar el acontecer social y los problemas que le preocuparon, y una gran capacidad de expresar y de transmitir con claridad su pensamiento. Fue un intelectual y un maestro infatigable. Nadie que haya estudiado filosofía en la UNAM en los últimos veinte años quedó exento de su influencia como maestro; influencia que alcanzó a historiadores, politólogos y, en general, a los científicos sociales por la naturaleza de los temas que trabajó. Además su presencia no sólo se sintió en esta Universidad, sino en muchas universidades de México y de otros países de habla hispana en las cuales se le esperaba con interés, entusiasmo y admiración. Sus trabajos eran conocidos y discutidos por profesores y estudiantes de muchas universidades. Su sentido de responsabilidad y la honestidad de la que ya hablamos, lo llevaron a impartir sus clases hasta el último día en que tuvo la suficiente fuerza para hacerlo. ♦